MADRID.—AÑO XLV.—NUM. 16.014

EL IMPARCIAL

DOMINGO 1 DE OCTUBRE de 1911

DIARIO LIBERAL

FUNDADO POR D. EDUARDO GASSET Y ARTIME

TARIFA DE ANUNCIOS
En cuarta plana: Nacionales..... 0,50 ptas. línea.
Idem: Extranjeros..... 0,75 » »
En tercera plana: Reclamos..... 3,00 » »
Idem: Comunicados..... 5,00 » »
Idem: Noticias..... 20,00 » »
Cada anuncio satisfará 10 cénts. del impuesto. *(Ley 14 Octubre 96.)*

EL IMPARCIAL
invita á sus lectores y anunciantes á presenciar las grandes tiradas de sus cuatro ediciones
Número suelto: 5 céntimos

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Madrid: Un mes..... 1 ptas
Provincias..... Trimestre..... 6 »
Semestre..... 10 »
Portugal: Trimestre..... 7,50 »
Naciones comprendidas en la Unión postal: Trimestre..... 10 »
Naciones no comprendidas: Trimestre..... 15 »
Toda la correspondencia y giros deben dirigirse al
Administrador de EL IMPARCIAL. Apartado 122
31, Calle de Mesonero Romanos, 31

BIBLIOTECA NACIONAL

EPISODIOS DE LA REVUELTA

EL BATALLON DE LAS NAVAS

NOTAS DE UN VIAJE RÁPIDO VALENCIA Y JATIBA

(DE NUESTRO REDACTOR MILITAR)

La justificada alarma que en el gobierno hubiera de producir el hallarse cortadas las comunicaciones con Valencia en momentos que la anormalidad de dicha capital hacían graves, determinó la resolución de enviar un batallón de cazadores de los que guarnecen Madrid, con toda la premura que las circunstancias exigían y con todas las amplias atribuciones que la ocasión hiciese necesarias.

Sin aviso previo, incorporándose aún los individuos con licencia, en la plenitud del tráfago natural en toda concentración, los cazadores de Las Navas recibieron orden de embarcar en un plazo de dos horas; y á las dos horas justas, el batallón, de pie, fusiles por compañía, era despedido en la estación de Atocha por las autoridades militares de la plaza.

Excepto el teniente coronel, absolutamente nadie conocía el destino y objetivo de la marcha.

El convoy no era uno de esos trenes militares que se eternizan en las estaciones dejando paso á los de viajeros y mercancías; por el contrario, todos se detenían, dejándole vía franca; era un verdadero tapiro.

Hasta La Encina, las noticias eran... que no había noticias, por no haber pasado de dicho punto ningún tren procedente de Valencia. En la referida estación ya se concretaron algunos datos: un par de puentes incendiados, algunos kilómetros en que las traviesas habían sido quemadas, los postes telegráficos por el suelo y rumores de motín en Carcagente, Alcira y Gandía. El tren refrenó su velocidad: de estación en estación se adelantaban empleados para reconocer el trayecto, y sólo después de adquirida seguridad de no haber peligro de voladura ó de rotura, emprendimos la marcha, al mismo tiempo que se iban reponiendo provisionalmente los desperfectos. El tren correo, dos ó tres mixtos y de mercancías caminaban detrás de nosotros ya sobre seguro.

En Játiba, el comandante militar pidió que se le dejara allí alguna fuerza: no contaba con nadie para proteger al vecindario de las turbas, que habían levantado los carriles y que se disponían, impunes, á nuevos desmanes. El jefe de vías y obras de los Caminos de Hierro del Norte, D. Emilio Gabbia, reclamaba también protección para sus trabajadores. Este señor es un antiguo militar italiano, hombre de gran valor y de energías nada comunes. De su comportamiento en estas circunstancias hemos de tratar con más espacio, porque merece la gratitud oficial.

Descendió en Játiba la primera compañía, y al partir el tren con las restantes, se escucharon en los andenes, repletos de obreros, vivas al Ejército y aplausos. Nada hacía presumir los incidentes que en la indicada población se iban á desarrollar momentos después.

Un comandante de Estado Mayor, que recorrió la línea con algunos soldados, proporcionó noticias de los sucesos de Valencia. El capitán general no necesitaba refuerzo alguno; la revolución, casi abortada al estallar por la enérgica actitud del conde del Serrallo, estaba completamente reprimida; la huelga, terminada, y restablecida la normalidad del trabajo.

Siguió el tren hasta Valencia, y minutos más tarde de formado el batallón en el andén, se presentó el capitán general.

Dudaba el conde del Serrallo si reembarcar los cazadores para guarnecer los pueblos inmediatos; pero como el peligro grave estaba conjurado y nada exigía una perentoriedad alarmante, quiso dar al batallón una muestra gallarda de su cortesía y ordenó que desfilase por las principales calles de la población, hasta el cuartel de La Ribera. Allí comunicó á los oficiales que sus compañeros de todas las Armas les invitaban á un banquete, y dirigió la palabra á la tropa, terminando su corta arenga con un viva á España, al rey y al batallón de Las Navas.

Casi á la misma hora que la tropa era obsequiada por la guarnición con magnífica paella, los oficiales de Las Navas sentábanse á la espléndida mesa del restaurant Ideal Room; el conde del Serrallo y un oficial ó jefe de cada Cuerpo acompañaron á los comensales, y el banquete se celebró en medio de esa familiar alegría que no excluye el respeto y es característico sello de esta clase de fiestas militares.

Después de una agradable visita de la oficialidad á la Capitanía general—edificio soberbio,—el batallón volvió á cruzar las calles de Valencia á los marciales acordes de su himno, y ya cayendo la tarde embarcó de nuevo.

El que estas rápidas notas escribe, no podía sustraer á su modesta personalidad militar su segunda naturaleza. Cabe, no muy holgadamente, pero al fin cabe, dentro del uniforme un periodista, y éste solicitó del conde del Serrallo una opinión acerca del movimiento insurreccional. El conde no abriga la más ligera duda de que la huelga era un pretexto, un vehículo de la revolución. Se intentó en Valencia una segunda semana trágica; pero quizá más preconcebida, con un fin más claro y con más extenso campo de acción; coincidió en su juicio con el del gobierno, y este parecer acabará de confirmarse cuando se vaya desenmarañando la causa de los incendios de Carcagente, de Alcira, de Gandía y los chispazos en pueblecitos tan apartados y diminutos como el de Barig.

Indudablemente la mayoría de los huelguistas, la masa, ignoraba el propósito siniestro de la huelga; son como aquellos soldados de la época de nuestros pronunciamientos militares, que no solían enterarse de que se sublevaban hasta cruzar los primeros tiros y cuando ya no había remedio de volverse atrás.

Lo cierto es que el hecho de resignar el mando la autoridad civil, que pareció un acto algo prematuro, fué, en verdad, una acertadísima resolución porque la energía militar casi se anticipó á los desmanes, y no dejó tomar incremento á lo que estaba llamado á ser una espantosa realidad anárquica.

Bien cerrada la noche, el batallón desembarcó en Játiba; ya por el camino habíamos divisado sombras, que se deslizaban junto á los puentes y terraplenes: eran soldados de cazadores que guardaban la vía, un pequeño destacamento de la compañía que habíamos dejado en la pintoresca población.

La estación estaba desierta; el amplio y hermoso camino que conduce á la plaza presentaba el mismo aspecto triste.

A la puerta del vetusto cuartel en que se alojan las oficinas de la zona y batallón de reserva, nos enteramos de lo ocurrido, que pudo ser una catástrofe, y no lo fué por la serenidad del capitán de la primera compañía de Las Navas, Sr. Fernández de Córdova.

Formada la compañía en la plaza del cuartel para proceder á montar el servicio y á alojarse, la rodeó un inmenso gentío de curiosos, entre los que destacábase multitud de niños y de mujeres.

De esa muchedumbre se elevaba un murmullo y surgían voces descompuestas, que no eran sino el preludio de la repentina hostilidad en que se habían cambiado los vítores de la estación.

Se destacaron patrullas para despejar la plaza; pero la gente ofreció resistencia pasiva: un grupo de obreros avanzó dando gritos de «¡Viva la República! ¡Abajo el Ejército!», y al mismo tiempo algunas piedras cayeron cerca de los soldados.

Gritaban las mujeres asustadas y lloraban los chicos ante el tumulto que los revolucionarios producían afluyendo de todas las calles que desembocan en la plaza: en vano los curiosos pacíficos pretendían evacuarla; encontraban las bocacalles cerradas por los sediciosos, que con la muralla de niños y mujeres por delante seguían lanzando piedras. Por encima de las cabezas brillaban á la luz algunas hoces y hachas, agitadas por furibundas manos. El griterío era ensordecedor.

Si el capitán hubiera perdido la tranquilidad, una sola descarga habría muerto á centenares de inocentes que, con verdadera desesperación, querían á todo trance huir sin conseguirlo. Entre el inmenso clamoreo, se destacaba una voz que repetía este grito: «¡Yo soy un repatriado de Cuba! ¡Viva la República!»; y el viva la República resonaba mezclado con el desesperado gemir de las mujeres.

La situación no podía prolongarse, y el capitán mandó cargar los fusiles, al mismo tiempo que el teniente Eduardo Tapia conseguía detener á uno de los agresores, y cogiéndole por la cintura con ambas manos lo levantó en alto, le llevó al cuartel y allí arrojó la carga como un fardo que se tira al suelo.

El pánico de las mujeres fué más fuerte que la barrera que las cerraba el paso: se desbordaron entonces todos por las bocacalles, siguióles la tropa un buen trecho, y tomadas las avenidas, quedó en paz aquel lugar, momentos antes tan agitado.

El capitán de la zona, Sr. Amador, que, como los demás oficiales, había hecho inauditos esfuerzos por despejar la plaza, no dejó de fijarse en uno de los que más se significaban en gritar «abajo el Ejército» y persiguió obstinadamente al grupo de que el antimilitarista formaba parte. El grupo huía por la calle de Moncada; pero alejado el capitán de la fuerza que podía protegerle, los fugitivos, fiados en su número, dieron media vuelta y le acometieron. El Sr. Amador hizo uso del revólver: un hombre rodó por tierra, y los demás emprendieron precipitada fuga.

Todos los vecinos honrados recluyéronse en sus casas desde los primeros momentos; los revolucionarios intentaron amotinar toda la población, reclutando gente que vengase la muerte de su compañero; unos por temor, y muchos por simpatizar con el motín, siguieron al llamado «Civilet», que, esgrimiendo una hoz, capitaneaba los grupos, incitándoles al saqueo y al pillaje; una tienda en que se vendían armas fué robada; la mujer del dueño, que se opuso al saqueo, recibió un disparo á quemarropa, por fortuna, sin consecuencias. En aquellos instantes, un hombre de gran prestigio y no poco valor personal, tuvo el heroísmo de afrontar la ira de las turbas: D. Julio Ríu Casanova.

—¿Qué vais á hacer? ¿Queréis morir á la boca de los fusiles? ¿Creéis que impunemente se puede insultar á los soldados, al Ejército? Marchad á vuestras casas y no hagáis que termine en día de luto el día de vergüenza que habéis dado á Játiba.

—Tiene razón D. Julio—replicaron algunos menos exaltados; pero el grupo no se disolvía, y el energúmeno de la hoz gritaba constantemente que con ella iba á cortar la cabeza á todos los señoritos del pueblo.

La compañía había dejado una sección en la estación para proteger la vía; otra de retén en la plaza, y la tercera ocupaba las calles principales. Játiba es muy grande: tiene más de 20.000 almas, y las casas son holgadísimas. Los revoltosos calculaban, y calculaban bien, que podían tener en jaque á los soldados.

Pero en aquellos momentos de indecisión en que la actitud del Sr. Ríu no alcanzaba á contener las turbas, llegaron las tres compañías restantes del batallón, se dislocaron en secciones, patrullando por toda la extensión del pueblo, y como por encanto quedó restablecido el orden y hecho el silencio.

Las puertas de las casas fueron abriéndose; en las rejas y balconadas aparecieron los que cautamente se habían recluído; acudieron de nuevo á la plaza los curiosos incorregibles, los chicos y las mujeres; comenzó el tráfago del rancho y el racionamiento de la tropa. Los panaderos dejaron la huelga para amasar para el soldado; abrieron los carniceros sus tiendas para proveer de carne la olla militar, y el infatigable Julio Ríu comunicó á los expedicionarios que la huelga había concluído por acuerdo de los gremios. Játiba, la vieja Setalis, cuya cultura y hospitalario espíritu se había desmentido unos minutos antes, alejados los elementos sediciosos, agasajó al Ejército con cariñosas muestras de gratitud.

Verdad es que el Ejército llegaba en el día mismo en que habían de ejecutarse los incendios y destrucciones de las casas y propiedades señaladas de antemano. Sobre las cenizas de un pueblo rico, floreciente, liberal, rebosando vida y belleza, la República, la anarquía y el socialismo, reunidos, pensaban, sin duda, edificar un monumento al salvajismo.

Con el Ejército se disipaba aquella negra nube que amenazaba descargar sangre y fuego; el ángel reivindicador, el de la hoz, el tremendo «Civilet» huía de Játiba cuando entraban las compañías de cazadores.

B. DE C.

EL TIEMPO

Notas del Observatorio Central Meteorológico hasta las doce de la tarde de ayer:

Persiste el área de presiones débiles relativas situada entre las Canarias y Madera. La del Golfo de Génova se ha ahondado, y hoy aparece una nueva en el mar del Norte (757 milímetros).

El tiempo se mantiene bueno sobre la Península ibérica, con cielo bastante limpio de nubes.

Vientos flojos de dirección variable y temperatura suave.

La máxima de anteayer fué de 37 grados en Sevilla, y la mínima de ayer, de 5 grados en León.

Temperaturas extremas en Europa: Máxima, 31 grados en Lagos (Portugal), y mínima, 4 grados en Bodö (Noruega) y Feldkrirch (Austria-Hungría).

Madrid.—Temperatura máxima á la sombra, 28,1 grados, y mínima ídem 11,5 grados. Cielo despejado. Grado medio de humedad atmosférica, 52 por 100. Barómetro, 711,67.

Pronóstico.—Vientos moderados de la región del Oeste, y tiempo con tendencia á empeorar.

La guerra italo-turca

TELEGRAMAS DE NUESTRO SERVICIO ESPECIAL

El texto del «ultimátum»

París 30 (2,10 madrugada)

El «ultimátum» enviado por Italia á Turquía anteayer, decía en síntesis:

«Durante muchos años no cesó Italia de advertir á la Sublime Puerta la absoluta necesidad de que esta nación pusiera término al desorden y al abandono en que dejara á la Tripolitania y á la Cyrenaica, á fin de que estas regiones gozaran del progreso á que han llegado otras partes del Africa septentrional.

»En esta transformación tenía Italia un interés vital, en razón á la corta distancia que separa á Trípoli de las costas italianas.

»A pesar de la correcta actitud del gobierno del rey, y de haber apoyado éste á Turquía en diferentes momentos políticos, toda empresa comercial de italianos en Trípoli se ha visto sistemática y tenazmente combatida por la Sublime Puerta.

»Sólo á última hora el gobierno imperial se mostró dispuesto á hacer á Italia concesiones económicas, compatibles con los Tratados vigentes y con la dignidad turca.

»Pero el gobierno italiano, por su parte, no creyó que debía entablar ahora negociaciones, cuya inutilidad ha demostrado la experiencia, y que, lejos de constituir una garantía para el porvenir, pudieran ser causa permanente de conflictos.

»Además, las informaciones recibidas por el gobierno revelan una situación extremadamente grave en Trípoli, constituyendo un peligro no sólo para los italianos, sino para todos los extranjeros, los cuales, poseídos de natural alarma, han comenzado á abandonar aquel país.

»La llegada á Trípoli de transportes otomanos conduciendo tropas, á pesar de las observaciones del gobierno italiano sobre el peligro de esta movilización, ha impuesto la necesidad de hacer frente á las circunstancias.

»El gobierno italiano se ha visto, pues, obligado á pensar en la defensa de su dignidad y de sus intereses, y ha resuelto proceder á la ocupación militar de la Tripolitania.

»Esta es la única solución posible, y el gobierno italiano espera que no sea dificultada por los actuales representantes otomanos, á fin de que puedan efectuarse sin obstáculo alguno las medidas conducentes á la ocupación.

»Ambos gobiernos adoptarán después las resoluciones que convenga para el establecimiento de un régimen definitivo.

»El embajador de Italia en Constantinopla tiene orden de exigir del gobierno otomano una respuesta á este documento, antes de las veinticuatro horas de su presentación.

»De lo contrario, se verá en la necesidad de adoptar las medidas que juzgue precisas para asegurar la ocupación.»

Impresión en Viena.—Temores del gobierno italiano.—Cuatro escuadras en movimiento.—Intento de desembarco.—Dos chalupas al agua.

París 30 (8,55 mañana)

Circulan en Roma rumores sensacionales con motivo de la acometida de Italia á Turquía. Se dice que el gobierno de Austria-Hungría ha recibido aviso de que Italia moviliza sólo dos Cuerpos de ejército en las fronteras, cuando, en realidad, son siete los Cuerpos de ejército que en la península de los Apeninos se hallan actualmente en pie de guerra. Italia declara que sólo han recibido órdenes de movilización tres Cuerpos de ejército italianos; pero es lo cierto que se están recibiendo constantemente refuerzos en Turín, Milán y Verona, tres capitales de distritos militares próximas á las fronteras.

Se atribuye al gobierno italiano el temor de que sea enviada la escuadra austro-húngara á aguas turcas

En despacho que publica el periódico londinense *Exchange Telegraph*, se afirma que, además de la flota de transportes italiana encargada de bloquear los puertos de la Tripolitania y la Cirenaica y de conducir las tropas de desembarco, otras tres escuadras han recibido instrucciones para tomar en la campaña parte activa. Una de ellas habrá de salir al encuentro de la flota turca que desde Beirut (ciudad de Siria) se dirige á Constantinopla, bloqueará los puertos turcos é impedirá el envío de tropas y armas á Trípoli; la segunda vigilará el Mar Rojo, y la tercera permanecerá de reserva en Toronto, preparada á acudir donde sea preciso.

Desde Constantinopla anuncian que la Puerta ha recibido de Pheti-bey, comandante de las tropas turcas de Trípoli, un despacho, en que se dice que han sido echadas á pique dos barcazas italianas, al intentar un desembarco de tropas y artillería.

La flota turca se encuentra concentrada actualmente cerca de la isla de Chíos.

Cónsules fugitivos.—Pánico en Trípoli.—La intimación de entrega.—Aclamaciones de los italianos.—Llamamiento de reservas.—Discurso de Giolitti.—Los turcos contra Tesalia.—Juicios de la Prensa francesa.

París 30 (9,20 mañana)

Se están recibiendo constantemente informaciones, noticias y rumores de los incidentes á que da origen la guerra emprendida por Italia contra el Imperio otomano.

Dos acorazados italianos cruzan entre Salónica y Esmirna. Se habla de transportes turcos que conducen tropas y municiones á Trípoli.

El vapor italiano «Bisagno», según despacho de Malta, trae á bordo á los cónsules italianos de Benghazi y Derna, que se vieron obligados á emprender la fuga por hallarse en plena anarquía las ciudades mencionadas. Corre peligro la vida de los extranjeros; los fanáticos indígenas están furiosos.

También sigue siendo crítica la situación en Trípoli; el pánico es enorme; numerosos vapores zarpan atestados de pasajeros europeos y son muchos los que se quedan en tierra. A pesar de la presencia de la escuadra italiana y de la actitud de las autoridades, 300 beduínos han tratado de entrar en la ciudad.

Cuando un torpedero italiano desembarcó en Trípoli al oficial encargado de entregar la intimación á las autoridades turcas para que rindiesen la ciudad, los italianos, reunidos en el muelle, lanzaron estrepitosas y prolongadas aclamaciones. El torpedero se incorporó inmediatamente á la escuadra del almirante Aubry. Aún no se sabe si se ha rendido la ciudad ó ha sido bombardeada.

Dicen desde Roma que han sido llamados á filas los reservistas de las clases de 1886 á 1887.

Varios diputados han expresado el deseo de interpelar al gobierno, á quien apoya sin reservas la mayoría de la Cámara. El señor Giolitti, presidente del Gabinete, pronunciará dentro de pocos días en Turín un gran discurso, en que expondrá y defenderá el proceder de Italia con Turquía. Se repiten en Roma, sobre todo en las principales plazas, las manifestaciones populares, en que se aclama frenéticamente á Italia y al Ejército.

El *Berliner Tageblatt* publica un telegrama de Constantinopla en que se anuncia el avance de las tropas turcas hacia Tesalia.

Casi todos los periódicos de París exponen su opinión acerca de la guerra italo-turca. *Le Figaro* advierte que es incumbencia de las grandes potencias el evitar una conflagración en los Balkanes; *Le Gaulois* se pregunta si las quejas de Italia justifican la declaración de guerra; *Le Journal* cree que la sacudida del Imperio otomano va á repercutir en todas las regiones de Levante, y sacudirá la apatía de millones de musulmanes; *L'Echo de Paris* asegura que Francia cumplirá su palabra dada á Italia y no intervendrá en la lucha; el *Paris Journal* supone que sólo intervendrán las armas de Turquía en defensa de ésta, y las masas otomanas con el boicotaje de los italianos y la obligada expulsión de éstos; *Le Petit Parisien* pregunta si se resignará Turquía á aceptar la humillación, y *Excelsior* da por resucita la la antigua cuestión de Oriente en toda su integridad y con todas sus peligrosas complicaciones.

El desembarco de los italianos.—Guerra á muerte.—La noticia en Berlín.—Crucero varado.

París 30 (1,20 tarde)

Despachos de Roma anuncian que el gobierno del Quirinal ha recibido de Trípoli la noticia oficial de haber desembarcado las tropas italianas en aquella ciudad de Africa, y la de haber sido izada la bandera italiana en todos los edificios públicos de la población. Parece ser que las autoridades no trataron de organizar la defensa y que el pueblo se mantiene tranquilo hasta ahora.

El Comité de jóvenes turcos, que actúa en Salónica, ha resuelto hacer contra los italianos una guerra á muerte. Se teme que las potencias no logren evitar insurrecciones y luchas en la península de los Balkanes.

La noticia de la ruptura de hostilidades causó profunda y desagradable sorpresa en los Centros políticos de Berlín y aun en la Cancillería, y sembró el pánico en la Bolsa.

En las costas de Trípoli ha encallado un crucero de la flota expedicionaria.

La actitud del gobierno otomano.—La protección de los italianos en Turquía.—¿Un crucero de Italia embarrancado?—Los aviadores en la guerra.

París 30 (7,52 noche)

En Constantinopla se considera que el nuevo ministerio no podrá evitar mantener una actitud enérgica frente á Italia. Turquía expulsará á los súbditos italianos, boicoteará las mercancías y denunciará las capitulaciones.

El nuevo gobierno dirige á las potencias un llamamiento para que eviten los desastrosos efectos de una guerra que nada justifica y eviten la efusión de sangre, que llevaría el luto á millares de familias.

Constantinopla está en estado de sitio; se han prohibido las reuniones públicas y se ha anunciado que el más leve desorden será reprimido por la fuerza de las armas.

Alemania, encargada de proteger los intereses italianos en Turquía, ha dirigido una circular á todos los gobernadores de los vilayetos, diciéndoles que cuenta con el patriotismo de la población para evitar que sean objeto de malos tratos los italianos.

Las primeras noticias de la guerra descorazonan á los turcos. Muchos oficiales piden que se les mande inmediatamente á los lugares de peligro.

En Salónica aumenta de modo alarmante la excitación de los espíritus. La Policía ha impedido la apertura de la oficina italiana de Correos.

El *Berliner Tageblatt* anuncia que Italia moviliza cuatro Cuerpos de ejército: dos con destino á Trípoli y los otros con destino á la frontera austriaca.

En Roma siguen los periódicos publicando ediciones especiales que la gente arrebata á los vendedores. El entusiasmo aumenta por instantes.

Il Messaggero declara que Trípoli será bombardeada después de corrido el plazo de veinticuatro horas de intimación á la rendición. Ese plazo expira esta tarde.

Corre el rumor de que el crucero italiano «Pisa» se ha ido á pique delante de Trípoli.

Un periódico de París anuncia que diez aviadores franceses han pedido á Italia que les permita seguir las operaciones de la Tripolitania.

Parece que los gobiernos francés é inglés van á examinar si no sería conveniente ponerse de acuerdo para hacer cesar la guerra y sobre todo para impedir que se extienda á los Balkanes.

La neutralidad de Franola.—Grecia moviliza sus tropas.—Comienza el bombardeo de Trípoli.

París 1 (1,55 madrugada)

El *Diario Oficial* publicará mañana la declaración de que Francia permanecerá neutral en el conflicto italo-turco.

El crucero «Ernest Renan», que salió ayer de Tolón, sigue navegando hacia Beirut, adonde va para proteger las vidas y haciendas de los italianos allí residentes.

Dicen de Constantinopla que, según una noticia oficial, Grecia moviliza sus tropas.

A las diez de la mañana empezó la escuadra italiana á bombardear los fuertes que rodean la ciudad de Trípoli.

Il Corriere d'Italia dice que es inexacto que haya sido ocupado por fuerzas inglesas el puerto de Bomba, en la Cyrenaica.

Según informes oficiales, los buques italianos de guerra atacaron esta mañana, frente á Durazzo, á dos torpederos rusos.

Desembarco en Albania

París 1 (2,25 madrugad.)

A las tres de la tarde, bajo la protección de tres cruceros y cuatro torpederos, han empezado á desembarcar tropas italianas cerca de Prevesa, fuera del alcance de los cañones turcos.

R. BLASCO.

Consejo de ministros.—Grave el entusiasmo popular

Roma 29 (10,55 noche)

Alemania ha aceptado la defensa de los italianos residentes en Turquía mientras dure el estado de guerra.

El Consejo de ministros celebró una larga reunión en la que el marqués de San Giuliano, ministro de Negocios extranjeros, leyó un detalladísimo informe sobre las negociaciones y ruptura con Turquía.

La censura sigue mutilando á su antojo los despachos de los corresponsales nacionales y extranjeros.

El entusiasmo popular por la guerra raya ya en lo inconcebible. En todas partes se celebran manifestaciones patrióticas.

A este verdadero desbordamiento de los sentimientos patrióticos contribuyen los periódicos publicando extraordinarios, en los que se hacen vibrantes llamamientos á la opinión.

Torpederos cañoneados

Roma 30 (10,35 mañana)

En vista de que unos torpederos turcos reunidos en el puerto de Prevesa (Albania) se disponían á recorrer el Adriático para bombardear las poblaciones abiertas del litoral y capturar los vapores italianos que cruzasen el mar, se adoptaron las oportunas precauciones, y, en efecto: el duque de los Abruzzos, comandante de la escuadra italiana de torpederos, acaba de radiotelegrafiar que anoche salieron de Prevesa dos torpederos turcos é inmediatamente se pusieron en su persecución los cazatorpederos de Italia; hubo una escaramuza y de ella resultó que uno de los barcos turcos, incendiado é inutilizado, fué á encallar en la costa, y el otro regresó precipitadamente al puerto.

¿Transporte turco capturado?—El bombardeo de Trípoli.—Los italianos en la población.

Roma 30 (11,35 noche)

Circula el rumor de que la escuadrilla de torpederos del duque de los Abruzzos ha capturado esta tarde en el mar Egeo un transporte turco que conducía á 240 soldados y numerosos oficiales.

Se supone que la escuadra habrá empezado esta tarde el bombardeo de Trípoli.

Telegramas de esta mañana refieren que cerca de 70 italianos, entre funcionarios y corresponsales de periódicos, se negaron á embarcarse y se refugiaron con el cónsul en el palacio del Consulado italiano, donde fué izada la bandera alemana. El gobernador envió 50 soldados turcos para auxiliar, en caso necesario, á los refugiados, y ha publicado además un bando en que se invita á los indígenas á mantenerse dentro del orden.

Supónese que apenas comiencen á sentirse los efectos del bombardeo, la guarnición turca, formada por 3.000 hombres, se retirará á los territorios del interior y allí se atrincherará é intentará resistir á la invasión del territorio.

TEDESCHI.

REVOLUCIÓN Y SOMBRERERÍA

Hay quien afirma que nuestro amigo García es un imbécil; yo no me atrevo á decir tanto; que es un poco grosero, un poco pesado, un poco lerdo, no cabe duda.

Es innegable que García tiene una idea exageradamente buena de sí mismo y exageradamente mala de los demás; que le indigna que le molesten y que no le importa molestar al prójimo; pero estos pequeños detalles quizás no dependen de su voluntad.

Hay que convenir en que García, cuando es impertinente, lo es sin quererlo. Si escupe al que pasa á su lado y echa la ceniza del cigarro encendida en el traje de una señora, es sin mala intención.

En donde verdaderamente nuestro amigo suele estar desagradable es en los tranvías. ¿Que están cerradas las ventanas? García tiene calor, y pide que se abran. ¿Que están abiertas? Entonces García manda al cobrador imperiosamente que las cierre, porque está constipado.

Uno de sus compañeros de oficina—¿dónde puede estar un hombre inútil mejor que en una oficina?—dice que, así como el licenciado Cabra era archipobre y protomisería, García es archi-lata y proto-chinche en su grado máximo.

La otra tarde le encontré á García, y como el hombre da tanta importancia á todas las cosas suyas, me explicó detalladamente por qué razones tiene que abandonar el sombrero de paja seboso que lleva y comprarse otro nuevo.

—¿Quiere usted acompañarme á la sombrerería?—me dijo.

—Bueno.

Entramos en la sombrerería y un dependiente joven se acercó precipitadamente á nosotros.

—¿Qué deseaban ustedes?—nos dijo, con una amabilidad de sirena.

—Yo quisiera—contestó García secamente—un sombrero blando, flexible.

—¿De color ó negro?

—De color.

—¿Lo quiere usted verde, azul, café con leche?...

—No; quiero un sombrero de color oscuro; pero que no sea tan oscuro, tan oscuro, que parezca negro...

—Comprendido.

—Ni tan claro, tan claro...

—Que resulte jovial—dije yo.

—Tampoco quisiera—siguió diciendo García—un sombrero de alas anchas como de pintor modernista, ni uno de esos de alas tan estrechas que parecen una ensaimada.

—De manera—puntualizó el dependiente—¿que usted quiere un sombrero oscuro que no sea muy negro, que no tenga las alas muy anchas?...

—Ni tampoco muy estrechas.

—Está entendido.

—Y que no sea muy flexible, muy flexible, ni exageradamente duro; una cosa media.

—Muy bien.

—¡Ah! Espere usted, joven.

—¿Quiere usted algo más?—preguntó el dependiente.

—Sí; que no cueste arriba de seis pesetas.

García me miró satisfecho, á través de sus anteojos, como indicándome que aprendiera la exactitud matemática que ponía en sus indicaciones.

El dependiente se acercó al principal y especificó los deseos de García, y el dueño de la tienda, desdeñosamente, sin mirarnos siquiera, dijo:

—No tengo esa clase de sombreros.

García y yo salimos apabullados. Fuimos paseando por la calle de Alcalá, y nos encontramos con el amigo Pérez, uno de nuestros más conspicuos revolucionarios.

Pérez es un revolucionario terrible; un revolucionario verdad, como dice él.

Hay gente absurda que quiere la revolución porque tiene ideas comunistas, socialistas, anarquistas, imperialistas, individualistas, nacionalistas... Pérez, no; Pérez no tiene ideas; Pérez quiere, primero, la revolución; luego, la República.

Es sencillo como una máquina de alcohol, como una percha, como una cafetera rusa, como una dentadura postiza. No necesita explicación ni comentarios. Primero, la revolución; luego, la República.

A Pérez le conocí yo en un mitin de superhombres de la calle de la Ruda; el pre-

© Biblioteca Nacional de España